

GEOPOLÍTICA E IDENTIDADES HISTÓRICO-CULTURALES: FUERZAS DIVERGENTES EN EL MUNDO ACTUAL *

SUSANA B. C. DEVALLE
El Colegio de México

Iniciaremos un nuevo milenio. Sus páginas están escritas con dos manos. Una de ellas es la de la esperanza; la otra es la del miedo.

CARLOS FUENTES, *Valiente nuevo mundo.*

Introducción

LAS PALABRAS DE CARLOS FUENTES en el epígrafe de este ensayo expresan en gran medida lo que sentimos aquellos de nosotros que, desde la vastedad del Sur, observamos las continuidades y discontinuidades de la historia mundial del presente.

En términos globales, la esperanza no parece encontrarse entre aquellos que proclaman hoy en día “el fin de la historia” —celebrado inicialmente por F. Fukuyama (1989), un ideólogo circunstancial, mal informado y etnocéntrico—, en un intento renovado por abolir un pasado que permitiría entender el presente e imaginar el futuro. Tampoco reside en la noción y práctica de “progreso”, el cual se ha traducido clásicamente en formas concretas de dominación (véase Nairn 1975). Podría decirse que estas últimas se expresan hoy en procesos globales a los que M. Chossudovsky (1991: 2532) denomina “colonialismo de mercado”.¹ Es precisa-

* Este trabajo fue presentado en su versión preliminar como ponencia en la sesión “Civilización y Geopolítica”, organizada por el profesor A. Abdel-Malek, en el marco del XV Congreso Mundial de la Asociación Internacional de Ciencias Políticas (IPSA) (Buenos Aires, julio de 1991). Fue redactado en la primer mitad de 1991, antes de que fuera posible visualizar en toda su complejidad la naturaleza de algunos procesos a nivel internacional, particularmente en Europa, procesos que comenzarían a definirse más tarde en ese año. Este trabajo contó con el apoyo de Conacyt.

¹ “La aplicación del programa de ajuste estructural [que fomentó el FMI] en un gran

mente porque *hacer historia* es una posibilidad abierta para una gran diversidad de pueblos, que la filosofía triunfalista del neoliberalismo, aunada al fenómeno de militarización de los conflictos internacionales por parte del Norte, en manos del bloque de la alianza Europa-Estados Unidos (dándole soluciones rápidas, drásticas y por la fuerza a los conflictos en el Sur), se ha apresurado a anunciar "el fin de la historia". En cuestión de meses, sin embargo, la realidad demostró que la historia no se termina por decreto, o por diatribas a la Fukuyama. La posición de negar la historia desde una perspectiva dominante no es nada nueva, sino que se remonta a la percepción occidental colonialista del mundo. Ahora, con el apoyo del monopolio de Occidente sobre los medios de comunicación electrónicos, "la historia de otras culturas" —como dice E. Said (1988: 56) — "se supone que no existe hasta que irrumpe en confrontación con los Estados Unidos" o, de manera más general, podemos agregar, con el Norte. En los círculos académicos, la negación de la historia y de la realidad se expresa en las formas extremas del pensamiento postmoderno como ocurre, por ejemplo, en las ciencias sociales. La "nueva etnografía" ha mostrado signos de este tipo de ceguera al negar la existencia de la experiencia social (particularmente en lo económico y en lo político), a menos que esta experiencia sea recreada en la escritura etnográfica (véanse las críticas de Polier y Roseberry 1989: 249; Rabinow 1986: 257; Rebel 1989). En ciencias políticas, en tanto, la ceguera ha sido parcial: la percepción de la realidad ha sido distorsionada bajo el lente de una geopolítica de poca profundidad. En el discurso actual, dos tercios del mundo han sido relegados a una zona de opacidad. A nivel práctico, los planteos del momento se basan en ignorar, o en poner a un lado, al que hasta ahora se ha mal llamado "Tercer Mundo". Es este gran ausente, sin embargo, el que llega a contraponer su realidad,

número de países deudores individuales favorece la 'internalización' de las políticas macroeconómicas bajo el control directo del FMI y del Banco Mundial, que actúan en favor de intereses financieros y políticos poderosos (por ej.: los Clubes de París y de Londres, el G7). Esta nueva forma de dominación económica y política —una forma de 'colonialismo de mercado' subordinada pueblos y gobiernos mediante el juego impersonal (y la manipulación deliberada) de las fuerzas del mercado...En ningún otro momento de la historia el mercado 'libre'...ha jugado un papel tan importante en moldear el destino de naciones 'soberanas'". (Chossudovsky 1991: 2527.)

en muchos casos acuciante, a los planes hegemónicos del Norte, traducidos en lenguaje económico.

Desde nuestra perspectiva, desde América Latina, desde el Sur, la realidad se percibe de manera muy diferente a como nos la presentan las potencias mundiales actuales. Últimamente, el *imperativo económico* ha ganado terreno en casi todo el mundo. Las consecuencias que tiene este proceso para el Sur, todavía deben ser evaluadas en detalle. En el mundo de hoy observamos el desarrollo simultáneo de dos tendencias divergentes, que podrían denominarse de *globalización* y de *descentralización/autoconvergencia*. La primera de estas tendencias se dirige hacia la cristalización de bloques económicos masivos (los clubes de los *successful few*) y de una nueva cartografía política, bajo los dictados de una geopolítica, apoyada en la fuerza. Esta tendencia implica, entre otras cosas, el monopolio del Norte sobre el capital, la tecnología y el conocimiento, como medio de dominación global. En todo este proceso no se pasó del multipolarismo al unipolarismo, sino a un casi bipolarismo económico (que, en todo caso, tendría también su contrapartida en el terreno estratégico militar) de fuertes bloques económicos en el Norte, y de intensos procesos de globalización de la pobreza en el Sur. Desgraciadamente, la pobreza parece estarse convirtiendo en un arma de eliminación contra los pueblos del Sur (de manera más directa, en forma de sanciones económicas y bloqueos). “Sería trágico – como dicen Dreze y Gazdar, miembros del Grupo de Estudio Internacional sobre la Crisis del Golfo – que la preocupación [por eliminar armas de destrucción masiva, como en el caso de las sanciones contra Irak]...libere el poder destructivo de otra arma de destrucción masiva: el retiro efectivo de alimentos y otras necesidades del pueblo iraquí” (1991: 2866–2867). En el contexto de la tendencia globalizadora se ubican, aunque parezca contradictorio, los ultranacionalismos europeos del momento, dado que éstos no sólo no se oponen sino que apoyan el planteo económico (y político) neoliberal. Estos desarrollos le auguran al Norte nuevas correlaciones de dominación/subordinación, nuevos exclusivismos nutridos por el racismo y la xenofobia, que ahora son explícitos, activos y violentos.

La segunda tendencia, la cual se presenta en el Sur (incluyendo el Sur “de los migrantes”) y es generada por fuerzas endógenas, busca reconfigurar el mundo afirmando las identidades históricas pro-

fundas, recuperando y no negando la historia. Ésta tiene como puntos de referencia lo social y lo político, pero no sólo desde una perspectiva étnica, como si ésta fuera una fuerza autónoma que actúa en el terreno social. En sociedades pluriétnicas esta tendencia surge cuestionando las versiones estatistas de Nación; la subordinación económica, política y cultural de los contenidos sociales de la sociedad pluriétnica; el papel de las construcciones ideológicas e intelectuales de la Otredad, y la nueva delimitación de los espacios políticos determinada por las actuales potencias regionales y mundiales. Resulta evidente, si uno se fija en aspectos que están más allá de las reivindicaciones inmediatas de la identidad etnonacional, que los procesos de este tipo que se están dando actualmente tanto en sociedades del Norte como del Sur son radicalmente diferentes por su naturaleza, su historia y por las metas que establecen a largo plazo. En la actualidad la atención se enfoca sobre los desarrollos en Europa, con lo cual se opacan, por un lado, las situaciones existentes y potenciales en estados multiculturales del Norte (Estados Unidos, Canadá, Australia) y, por el otro y de manera importante, los procesos de gran profundidad histórica en las sociedades del Sur. En este contexto, no se han tomado para nada en cuenta ni la situación ni las aspiraciones de las identidades etnonacionales "sumergidas", en particular, aunque no de manera exclusiva, cuando éstas se expresan en el Sur —incluyendo a sus representantes en el Norte, es decir, los inmigrantes procedentes de Asia, África y América Latina.

Considero que el mundo está viviendo uno de esos *tiempos de alta densidad* que se caracterizan por una tensión en aumento entre transformaciones socioeconómicas y políticas profundas, y la actuación de fuerzas endógenas que tienden al mantenimiento o a la reformulación histórico-cultural. En la actualidad, esta tensión está particularmente marcada por la violencia.

El presente trabajo constituye una lectura preliminar del panorama actual pues, ante la fluidez e incertidumbre de los procesos internacionales, sólo podemos plantearnos una búsqueda tentativa de explicaciones.

¿Una nueva conquista del mundo?

Parecería que la percepción que el Norte tiene del Sur, y que es hoy en día dominante, tuviera sus raíces en la posición occidentalocéntrica que ha justificado tradicionalmente la incorporación en términos desiguales de las sociedades del Sur al sistema mundial. Esta percepción está relacionada con el discurso de la dominación, que en el pasado apoyó la expansión de Occidente. Sobre la base de esta perspectiva, el Sur ha sido transformado en un tablero de “juegos” estratégicos con víctimas reales; en un terreno abierto al pillaje de sus recursos naturales; en un escudo de protección para las potencias y, bajo las nuevas políticas de internalización macroeconómica a partir de los ochenta, en una fuente de “reserva de mano de obra global”, producto de la tendencia hacia una “globalización de la pobreza” (véase Chossudovsky 1991, Gunder Frank 1991).

En la actualidad, este discurso de la dominación, característico del “hegemonismo de Occidente” (Abdel-Malek 1963: 107-108), se ha traducido, en primer lugar, en el lenguaje aparentemente inocuo de las relaciones comerciales. En este discurso, se empieza a abandonar la intención de implantar en el Sur modelos de “desarrollo” impuestos, y a reemplazársela por metas extractivas y por una absorción selectiva y asimétrica de algunos de los componentes del Sur en los grandes bloques, de cuya prosperidad relativa se benefician pequeños sectores sociales alineados al proyecto económico de los bloques. ¿Estaríamos, entonces, siendo testigos, no del surgimiento de un “Nuevo Orden Mundial” (que de todas maneras tiene bases tambaleantes) sino de la reformulación y revitalización de un Viejo Orden, que hoy está marcado por un ritmo acelerado, por su extensión y por sus efectos negativos profundos?

Más aún, la propuesta de este Nuevo Orden (que todavía no se ha constituido) ha estado signada —como lo señaló J. Petras— por una “lógica de guerra”, por una política de control por la fuerza, de acuerdo con la cual las confrontaciones Norte-Sur se han militarizado. Esta tendencia se ve alimentada en particular por “la disposición [de Estados Unidos] a entrar en guerra total” (Petras 1991a; 1991b: 351), actitud compartida por las dos potencias coloniales más antiguas, Inglaterra y Francia, en el caso de la Guerra del Gol-

fo. En suma, en medio del regocijo de los *successful few* frente a los prospectos de una prosperidad económica exclusiva, la violencia como medio para regular las relaciones internas e internacionales ha entrado en el terreno de la cultura política, no sólo para controlar el “lejano” y “ajeno” Sur, sino ahora en el mismo corazón del Norte, como está ocurriendo en Europa.

La distorsión del significado de la paz

Uno de los discursos más frecuentes de las potencias en relación al Sur ha sido el de apoyar una curiosa combinación de “desarrollo” y “seguridad” (militar), con el objeto de reproducir cierta estabilidad que, desde esta perspectiva, se identificaba como “paz”. Semejante tarea se antoja formidable: contener, “estabilizar” lo que en realidad es dinámico, es decir, lo social y lo político. Para desarrollar esta tarea, las potencias contaron con instrumentos poderosos orientados a reproducir o moldear el *statu quo* en beneficio propio: la perpetuación de la dependencia en las formaciones sociales subordinadas mediante el “desarrollo” y la “ayuda” calificados, y la abrumadora presencia o la amenaza de la fuerza, es decir, un conjunto militar-estratégico como ha existido durante décadas en el Pacífico y en partes de Latinoamérica y, recientemente, en el Medio Oriente. Sin embargo, los acontecimientos de 1991 revelaron el fin del compromiso con el desarrollo impuesto para asegurar la defensa de las potencias, y esta situación fue reemplazada directamente por la amenaza y/o el uso de la fuerza. Al mismo tiempo, junto con la promesa de una prosperidad futura generada mediante la formación de bloques económicos, ha tenido lugar una declinación económica en algunas sociedades industrializadas del Norte. La combinación de estos dos factores podría provocar en el futuro un empobrecimiento aún mayor de grandes áreas del mundo, acompañado por efectos colaterales como los derivados de daños ecológicos — al punto que algunos expertos hace un año ya esperaban la generalización de hambrunas (Vancouver 1990) — y el resurgimiento de las enfermedades de la miseria, como ya ha ocurrido con la epidemia de cólera en Latinoamérica.

La concepción de “seguridad” como “paz” es parte del paradigma estratégico y ajena a una percepción humanista de las relaciones

sociales. Recientemente, el significado de "paz" ha sido distorsionado aún más. "Paz" ha llegado a significar un orden impuesto por la fuerza de las armas y por presiones económicas igualmente destructivas (sanciones, bloqueos).

Desde la perspectiva de un paradigma de paz, los medios que se han estado usando recientemente para garantizar la seguridad de las potencias y para la imposición de un "Nuevo Orden" se consideran más bien como fuente de inestabilidad que como elementos conducentes a la paz. Jim Falk ya se ha referido a las fallas de una concepción de la "seguridad" como "paz", enfatizando entre otras cosas que "la paz y el *statu quo* no son sinónimos", que "la paz no es terreno sólo de las superpotencias", y que "el miedo es una base inadecuada sobre la cual construir la paz" (Falk 1988: 221-222). La posición de las potencias respecto de la seguridad es precisamente la opuesta a lo que recomienda el paradigma de la paz.

Durante la *guerra fría* hubo, además, otro elemento que actuó en contra de la construcción de la paz: la creación del miedo hacia un enemigo ideológicamente construido: "la amenaza soviética". Los acontecimientos internacionales recientes (la revitalización del papel de la OTAN, los cambios ocurridos en la ex-Unión Soviética, la posición frente a la crisis del Golfo Pérsico, los acontecimientos en Europa), han cambiado la percepción de este tipo de "amenazas". Para que se justifique la concepción de seguridad como una base para perpetuar o extender la dominación se necesitan, sin embargo, enemigos contruados. Hace año y medio uno se preguntaba qué "amenazas" se "imaginarían" en esta última década del siglo (Devalle 1990). Hoy ya tenemos la respuesta. Simplemente con tener en cuenta la "escandalosa desigualdad" existente en el mundo de hoy (Flores Olea 1990: 12), y su previsible agravamiento bajo el nuevo orden económico internacional propuesto, es posible aventurar el nombre de la nueva "amenaza" que construirían los poderosos: un Sur que tiene que ser domesticado en la subordinación. En el curso de escasos meses, la verdadera amenaza en el interior de las sociedades centrales mismas parece encontrarse al nivel obvio de lo económico y lo político, en las desigualdades sociales y económicas internas de esas sociedades y en las contradicciones emergentes; internacionalmente, la amenaza parece estar en las disparidades crecientes a nivel mundial. Las manifestaciones de diver-

sidad en el Norte, en tanto, han sumido a la mitad de Europa en el caos económico y político.

Las nuevas construcciones del "enemigo"

Ya existen evidencias alarmantes de las nuevas "amenazas" o "enemigos" contruidos. En un artículo reciente, A. Gunder Frank se refirió a la movilización de Estados Unidos en el Golfo como una "[movilización] totalmente contra el Sur, sin ninguna máscara Oriente-Occidente", dado que "por primera vez el conflicto une a todo el Norte —occidental y oriental— contra (parte de) el Sur" (1990: 2043). El analista indio Pran Chopra (1991) califica esta confrontación en términos aún más específicos, al tomar en consideración elementos relacionados con lo racial y con la identidad cultural (los cuales también fueron considerados en el manejo de la guerra que hicieron las potencias). Chopra ve esta confrontación como el preludio de "una entidad global totalmente cristiana y blanca, extendiéndose desde la costa del Pacífico de Estados Unidos hasta la costa del Pacífico de la Federación rusa". "Occidente" — considera Chopra — "tendrá una mayor causa de preocupación si (o cuando) las naciones que no son blancas ni cristianas perciben que las naciones blancas y cristianas erigen un muro [para contenerlas]". Hay que considerar cuáles son los elementos explicativos que se eligen en los análisis hechos desde el Sur acerca de las implicaciones globales de la Guerra del Golfo en los discursos políticos que se están formulando. Los argumentos raciales y culturales permearon el discurso de las potencias para legitimar la guerra y los acontecimientos que le siguieron; tal mensaje se transmitió mundialmente a través de los medios electrónicos de comunicación usados para condicionar la opinión pública. En más de un sentido, la Guerra del Golfo puede tomarse como un signo diacrítico significativo en el texto de la lucha por la hegemonía en el mundo actual.

La reinención de la Otredad por un Occidente arrogante se ha alejado considerablemente de la percepción que éste tenía de ella como un objeto fascinante, en un mundo colonial *à la Conrad*. La construcción más reciente que se hace de los pueblos del Sur se ha evidenciado en la brutal matemática de las potencias respecto de los "costos aceptables" de la última guerra, y en el desprecio racia-

lista de las potencias occidentales hacia los pueblos del Medio Oriente, símbolo de un desprecio fácilmente extendible al resto del Sur. Ni los costos en vidas humanas, ni el presente y el futuro de otras sociedades directa o indirectamente involucradas en el conflicto, ni el impacto de la crisis en los países del Sur, entraron en los cálculos, en otros aspectos tan cuidadosos, de las potencias. Mediante un acto de omisión, el presente y el futuro de los pueblos del Sur fueron directamente negados, y estos pueblos pasaron a la categoría de elementos prescindibles. En tal contexto, los medios de comunicación se lucieron en su tarea de descontextualización y deshistorización del mundo islámico. Es sobre bases como éstas que surgen representaciones de “pueblos estigmatizados”, por las que “objetos, conceptos, pueblos y culturas conocidos de manera pobre y antitética se hacen[...] más susceptibles a construcciones técnicas, metafísicas y, en última instancia, ideológicas”. De este modo, “aparecen todo tipo de objetos extraños —por ejemplo,[...]proclividades a la violencia, increíbles pero innombrables —[...]que comprueban la existencia de rasgos esenciales...[que no serían] susceptibles ni al cambio histórico ni a cualquier otro tipo de mejora” (Said 1988: 48, 49; 1991: 145, 160). La lógica detrás de estas construcciones es la misma que animó las conquistas de Occidente en los últimos cinco siglos. Una vez contruidos los pueblos no occidentales como carentes de valor, como una masa no humana, como un enemigo potencial, tales construcciones pasaron a justificar la destrucción, humillación y subordinación de estos pueblos. Los europeos y algunos latinoamericanos de débil memoria histórica se aprestan a celebrar la imposición de la “civilización europea” hace 500 años, erigida sobre casi cien millones de muertos en este continente y sobre la destrucción de las civilizaciones indígenas. Tales hechos son ahora purificados mediante una elipse del lenguaje, como un inocente “encuentro de culturas”. En tiempos actuales, Estados Unidos no esperó tanto para celebrar en junio pasado el intento de imposición del nuevo orden hegemónico con lo que intelectuales españoles llamaron “el desfile de la vergüenza” (el desfile militar en Washington el 7 de junio de 1991 [*La Jornada*, 1991]) sobre la muerte y la destrucción causadas en el Golfo y la tragedia continuada de los pueblos palestino y kurdo.

Hay analistas en el Sur, como en India, que se encuentran preocupados por el fin de la *guerra fría*, llamada por uno de ellos

“un equilibrio por terror” (*Editorial* 1991: 187). Vemos ahora cómo, ante la posibilidad de un mundo multipolar y con el predominio de la fuerza sobre la paz, durante los acontecimientos claves de la crisis del Golfo las potencias occidentales reemplazaron ese “equilibrio por terror” con la *práctica del terror*, legitimada a escala internacional. En esta *práctica del terror*, la paranoia de los poderosos juega el papel de justificador de la violencia (Scott 1986: 5). Ésta es una *práctica* que intenta permear todas las áreas de la experiencia vivida para concretar la subordinación de sus objetos, y que objetiva a sus víctimas, deshumanizándolas (véase Devalle 1992: cap. VI). Desde esta perspectiva, la Guerra del Golfo tuvo un propósito que no estaba sólo dirigido a los pueblos del Medio Oriente. Más allá de su propósito inmediato, la guerra tuvo la intención de ser “una lección” para el resto del Sur.

La idea de usar la *práctica del terror* es coherente con el “enfoque realista” de los conflictos políticos, del cual se eliminan consideraciones éticas. Un elemento significativo en este tipo de enfoque es la determinación de “víctimas necesarias” en la búsqueda por recuperar o reforzar un cierto orden sociopolítico (véase Rebel 1989). Implícito en el “enfoque realista”, dirigido exclusivamente a la meta de la adquisición de poder político (ahora bajo la guisa de economicismo), se encuentra la negación de la historia como proceso, en concordancia con una visión posmoderna del mundo característica, según Jameson (1984), del capitalismo tardío. Sin embargo, la realidad no es un tablero de ajedrez con piezas prescindibles (las “víctimas necesarias”). En todo caso, el espíritu que anima la distribución de las piezas en el tablero de hoy no es nuevo sino que data de 1945, aunque sus variantes se remonten a varios siglos atrás. El nombre del juego es el de la reformulación del Viejo Orden en uno Nuevo. Por lo pronto, el juego de los bloques económicos masivos y de una posible multipolaridad *vs.* el intento de unipolaridad ha tenido un comienzo letal. En un futuro próximo esta situación puede manifestarse en rivalidades agresivas entre los bloques económicos (Keating 1992) y en la agudización de estallidos sociales, dispersos pero recurrentes, como ha estado ocurriendo con los “motines de hambre” en el Sur, y como empiezan a suscitarse en ese nuevo pedazo del “Tercer Mundo” de Europa.

La dinámica de las identidades históricas profundas

Es necesario hacer énfasis en que el alcance y las limitaciones del intento de predominio económico y político de las potencias actuales sólo se puede entender si consideramos el inmenso agregado de formaciones sociales del Sur, sobre el cual estas potencias tratan de ejercer su predominio. En muchas de las formaciones sociales del Sur se comparten circunstancias similares: presiones orientadas hacia una socialización en la subordinación económica, despojo material y cultural, destrucción ecológica en aras de ganancias económicas o políticas, existencia de una fuerte conciencia social y de movimientos de autodefensa, autoafirmación e independencia (mas allá del sentido formal del término). Si se sigue a analistas recientes, el indicador común inmediato es el de la generalización y profundidad del empobrecimiento progresivo de esas formaciones sociales, proceso que comenzó en la década de los ochenta y que se agudiza en la presente (esa “pobreza global” de la que habla Chossudovsky [*op. cit.*], esa “separación involuntaria” que analiza Gunder Frank [1991: PE97]).

A pesar de la glorificación de modelos económicos exógenos impuestos, los prospectos para el Sur han mostrado agravarse. La tendencia actual parece ser la de dejar que fuerzas económicas y políticas, supuestamente autónomas, se encarguen de las que han llegado a verse como poblaciones no deseadas, en un proceso que en algunos casos puede llegar a lo que yo he llamado *genocidio diferido*. Los pobres y los no deseados, las poblaciones indígenas y étnicas subordinadas, se han convertido en los blancos inmediatos, pero lo mismo ha sucedido con los niños, los ancianos y los enfermos. La sistematización de las prácticas genocidas dirigidas contra ciertas naciones y ciertos sectores sociales, tal como se revela en la situación de varias poblaciones, en el “colonialismo nuclear” en el Pacífico, en “guerras quirúrgicas”, en los efectos de las enfermedades de la pobreza y el debilitamiento de los servicios médicos y de seguridad social en los países endeudados, en las alarmantes derivaciones de una ideología de eliminación — como en el asesinato de niños pobres en ciudades de Brasil—, marcan el presente del Sur. ¿Qué significado tienen estos signos perturbadores en el diseño de un Nuevo Orden Mundial? Los pueblos del Sur, sin embargo, han sobrevivido a secuencias de ataques destructivos a lo largo de su

historia; de esa experiencia en sobrevivir y de ese vivir cotidianamente con conciencia de presente y de futuro, podrán salir alternativas. Ya hay indicios de esto en las evaluaciones con conciencia crítica que se están haciendo en Asia y África. En Latinoamérica, mientras tanto, esta conciencia crítica parecería enmudecer a nivel de los gobiernos y de algunos intelectuales, frente a los embates del proyecto neoliberal subordinador (como ejemplo sintético, considérense las posiciones de los delegados de Asia, África y América Latina en la II Reunión Cumbre del Grupo de los 15, Caracas 27-29 de noviembre de 1991). Para aquellos que tienen raíces, la historia no ha muerto sino que sigue viva en su memoria colectiva y en su imaginar social del futuro.

Fenómenos sociales enraizados en la vitalidad del campo histórico —lo que ha llegado a llamarse etnicidad y nacionalismos— han desbordado las fronteras de los estados modernos y han surgido como uno de los focos de la política internacional. Durante la última década, las confrontaciones sociopolíticas en las que el “factor étnico” aparece como un elemento central se han intensificado en todo el mundo. La tensión entre el *statu quo* —transcrito en las concepciones estatistas de la Nación— y el cambio hacia la activación de la diversidad parece estar llegando a un punto culmine. Lo que se cuestiona es la ecuación estado-nación que ha gobernado el orden mundial en tiempos modernos. Una diversidad de naciones e identidades colectivas se está expresando políticamente; las fronteras artificiales han empezado a derrumbarse. Las cosas, sin embargo, no son tan simples. La diversidad hoy en día tiene muchas caras. Los procesos que se están desarrollando en Europa con los ultranacionalismos y los fenómenos de Asia que se han llamado fundamentalistas, intentan una reformulación del estado/nación de manera más exclusivista que las previamente existentes, negando cualquier forma de diferencia (que no sea la propia). En una conjunción altamente peligrosa, los viejos nacionalismos europeos parecen desarrollarse paralelamente al resurgimiento de corrientes neonazis y al recrudecimiento del racismo. Todavía más, las expresiones de los ultranacionalismos europeos, aun cuando estén envueltas en violencia, han sido aceptadas por las potencias en la comunidad internacional. La posición frente a otras naciones “sumergidas” en Europa y a expresiones de diversidad de los pueblos del Sur es otra. Los mecanismos de contención de la diversi-

dad han adquirido renovada fuerza, especialmente con la materialización de nuevos “cordones sanitarios” entre las sociedades y regiones ricas y pobres, con la reactivación abierta del racismo en las sociedades del Norte, y con la propuesta exclusiva y etnocéntrica de “un Estado universal homogéneo” (Fukuyama 1989) que, de manera arrogante y errónea, niega la existencia misma de tres cuartas partes del mundo.

Mientras las sociedades del Norte buscan establecer sus propios nichos-dominio mediante varios proyectos de espíritu similar (Cuenca del Pacífico, Comunidad Europea, Iniciativa para las Américas), una oleada con distinto derrotero se dirige hacia una nueva configuración del mundo. El vasto Sur, marginalizado de la bonanza de los (ricos) *elegidos* se ha estado moviendo masivamente, a primera vista, en términos espaciales. Esta no es una movilización sin calificativos, contrariamente a como la presentan estudios recientes centrados en la noción ascéptica de “diáspora”. Observamos la irrupción masiva del Sur en los jardines prohibidos del Norte: las nuevas migraciones internacionales desencadenadas por los procesos económicos y políticos de los últimos veinte años, y la dolorosa saga de los refugiados, producto de la violencia. A pesar de las presiones que tenga que sufrir cualquier comunidad que se perciba como expresión de Otredad (racismo, “asimilación” reformulada y *ghettoización* o, más recientemente —como en Estados Unidos— “segregación natural”), la diversidad con raíces en el Sur, ha adquirido una presencia activa en las sociedades centrales. Dicha presencia se basa en una conciencia de permanencia histórica y de vitalidad cultural, que van mas allá de las fronteras geográficas y temporales de las “sociedades receptoras”. Estas movilizaciones alrededor de las identidades histórico-culturales quiebran las *idées reçues* sobre el estado moderno como estado/nación, una “comunidad imaginada” (Anderson 1983: 15-19) que ignora las varias naciones, identidades/historias que incluye, y donde la diversidad se “tolera” pero no se acepta como componente real y activo del conjunto (Devalle 1989).

A los ojos del estado unitario, la diversidad se torna particularmente “subversiva” en el terreno de la cultura. Allí, la resistencia de los estilos propios le pone límites a los intentos hegemónicos. A través de la cultura se desarrolla un primer nivel de conciencia social, aquella que sostiene las expresiones políticas de afirmación

etnonacional: las contradicciones y los conflictos sociales "se manejan en términos culturales" de muy diferentes maneras (véase Thompson 1968: 10-12; 1978: 149-150). Para los grupos étnicos/naciones subordinados, el dominio cultural es el que proporciona los elementos para una estrategia de supervivencia y para la reproducción social, y es el que da la fuerza para controlar y cuestionar los intentos de avance de un orden que quiere ser hegemónico. El "lenguaje" de la cultura en el que se expresa la identidad histórica tiene códigos y significados exclusivos para quienes los crean. En situaciones de subordinación, la fuerza de la cultura reside en la conservación de espacios codificados que pueden transformarse en *zonas de resistencia* (Devalle 1992). Un inmigrante mexicano en Los Angeles, describió recientemente lo que a sus ojos había resultado en una estrategia cultural exitosa: "Nosotros tenemos siempre nuestro corazón en México...A los gringos ya los corrimos pa' las colinas y la ciudad es nuestra...Aquí ya hay mucha mexicanada y a los gringos no les gusta la boruca y no les gusta la alegría mexicana; tienen miedo en general de todos los latinoamericanos" (Entrevista a Emilio Espinosa, migrante. Gurza 1991: 1, 14).

Cuando los sectores sociales y las comunidades etnonacionales en el Sur apelan a su identidad histórico-cultural, expresan sus preocupaciones y sus opiniones sobre problemas relativos a la cultura y la desculturación, al autorrespeto, la autodeterminación, la naturaleza desigual de las relaciones socioeconómicas existentes y, en particular, al derecho a su participación en política. Últimamente y cada vez con mayor frecuencia, esta participación se busca fuera de las estructuras políticas formales y a través de una redefinición de lo político.

En la era de los movimientos de liberación nacional y de descolonización, las identidades históricas jugaron un papel importante en la movilización política popular. Actualmente, estas identidades vuelven a adquirir relevancia, pero presentan gran variedad de metas. En el Sur, la perspectiva que las anima es totalizadora, y abarca lo social, lo económico y lo cultural. Los discursos que están surgiendo son múltiples, los condicionan circunstancias sociales e históricas específicas. En este sentido, los procesos de autoafirmación que se dan hoy en día en el Sur representan no la amenaza de la desintegración sino la posibilidad de una reintegración basada en el reconocimiento y el respeto de la diversidad. Por otra parte, la

situación en el Norte parecería ser la opuesta, pues allí los proyectos de afirmación ultranacionalista llevarían a “integraciones de exclusión” que hasta incluyen la posibilidad de eliminación física del Otro (guerras localizadas en Europa).

Ante la incertidumbre

La principal tensión en el mundo de hoy se produce entre la globalización, expresada en lenguaje económico y basada en modelos de exclusión, y los proyectos, aspiraciones y necesidades de las sociedades del Sur con especificidades sociales e históricas. Deslizándose en el centro del terreno en disputa se mueve el fantasma de la democracia, con su imagen que a veces se refleja en espejos que distorsionan su significado, como en el espejo del “Nuevo Orden Mundial”. La oposición Norte-Sur continúa rigiendo la economía y la política desde la posición dominante. Pero, por otro lado, las posibilidades de continuar con un diálogo Norte-Sur en pie de igualdad han sido dañadas seriamente en tiempos recientes.

La relación que concentra la atención del Sur en el Sur mismo necesita fortalecerse. Hay que hacer énfasis en la perspectiva cualitativamente diferente que apoya la visión desde el Sur, en cuanto a un desarrollo social y a posiciones en política acordes con las necesidades y metas de sus sociedades. Las propuestas alternativas que se deriven de esta relación Sur-Sur no se limitarán a lo económico. Las demandas y las circunstancias económicas y políticas específicas en el Sur hacen destacar, precisamente, un amplio espectro de problemas que abarcan tanto el cuestionamiento de las formas de distribución del poder a escala global como la defensa de los territorios, de los recursos naturales y de la especificidad social y cultural, y el problema de la autodeterminación efectiva y de la soberanía.

Esta tarea de evaluación y defensa de lo propio parecería difícil de lograr si se la viera desde la óptica geopolítica/geoeconómica que actualmente intenta imponerse en el mundo. Sin duda, los defensores de esta posición disponen de un potencial considerable de fuerza y de riqueza. Sin embargo, hay esperanzas de que las fuerzas hacia la autoconvergencia, basadas en la vitalidad sociocultural y en la necesidad de autosuficiencia y de desarrollo autosostenido, continuarán desenvolviéndose con su propia dinámica, indepen-

dientes de las fuerzas orientadas hacia una creciente centralización global bajo las renovadas aspiraciones hegemónicas del Norte. En este contexto, la pregunta —cuya respuesta está aún pendiente— es cuál es la posibilidad de lograr una paz verdadera, considerando las fuerzas que operan actualmente y las tendencias predominantes en el mundo actual.

México-Buenos Aires, julio de 1991

REFERENCIAS

- ABDEL MALEK, A. 1963. "L'Orientalisme en Crise", *Diogéne*, 44: 109-142.
- ANDERSON, B. 1983. *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.
- BARTHES, R. 1984. *Mythologies*. Londres: Paladin.
- CONRAD, J. 1988. *Heart of Darkness* (1a ed. 1902). Londres: Penguin.
- CHOMSKY, N. 1991. "El Sistema de los 500 años y el Nuevo Orden Mundial". Ponencia presentada en el foro Emancipación e Identidad en América Latina 1492-1992, México, CIES, 5 de enero.
- CHOPRA, PRAN 1991. "Foreign Policy in a Changing World", *EPW*, 6 de abril: 911-922.
- CHOSSUDOVSKY, M. 1991. "Global Poverty and the New World Economic Order", *EPW*, XXVI (44), noviembre 2: 2527-2537.
- DAS, V.(ed.). 1990. *Mirrors of Violence. Communities, Riots and Survivors in South Asia*. Delhi: Oxford University Press.
- DEVALLE, S.B.C. (ed.), 1989. *La diversidad prohibida. Resistencia étnica y poder de Estado*. México: El Colegio de México.
- _____. 1990. "Conceptions of Peace and Axes of Conflict in the Pacific", en S. Itow (ed.), *Frontiers in the Asia Pacific*, vol. I. Tokio (en prensa).
- _____. 1992. *Discourses of Ethnicity. Culture and Protest*. Londres-Newbury Park-Nueva Delhi: Sage.
- Editorial, 1991. "The Gulf War and Democratic Forces", *EPW*, XXVI (5), 2 de febrero: 187.
- Economic and Political Weekly*. 1990, 1991.
- FALK, J. 1988. "War and Peace Studies: Towards a Peace Paradigm", en R. Walker y W. Sutherland (eds.), *The Pacific: Peace, Security and the Nuclear Issue*. Tokio y Londres: UNU-Zed Press: 221-222.
- FLORES OLEA, V. 1990. "Año 2000. Desafío para América Latina", *Excelsior*, México, 11 de septiembre: 1, 12.
- FUENTES, C. 1990. *Valiente Nuevo Mundo*. México: FCE.

- FUKUYAMA, F. 1989. "Have we reached the End of History?", *National Interest*, número de verano.
- GALEANO, E. 1991. "La teoría del fin de la historia se pone de moda", y "Ser como ellos", *La Jornada*, 8 de agosto: 1, 25, y 15 de octubre: 1, 31.
- GUNDER FRANK, A. 1990. "Political Economy of North-South Conflict in the Gulf", *EPW*, XXV (37): 2043-2044.
- _____. 1991. "Economic Ironies in World Politics. A Sequel to Political Ironies in World Economy", *EPW*, XXVI (30), Julio 27: PE93-PE102.
- GURZA, T. 1991. "Los Ángeles, una ciudad de mexicanos, latinos y negros", *La Jornada*, México, 1 de julio: 1, 14.
- HOBBSBAWN, E. y T.O. Ranger (eds.), 1983. *The Invention of Traditions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____. *La Jornada*. 1991 (México).
- JAMESON, F. 1984. "Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism", *New Left Review*, 146: 53-92.
- KEATING, P. 1992. Declaraciones en Sydney el 1 de enero durante la visita del Presidente de Estados Unidos, *La Jornada*, enero 2.
- NAIRN, T. 1975. "The Modern Janus", *New Left Review*, 94: 3-29.
- PETRAS, J. 1991a. "US-Iraq War: Ten Theses on Late Imperialism", *EPW* XXVI (7), 16 de febrero. 351-352.
- _____. 1991b. "Gulf War and the New World Order", *EPW*, XXVI (9 & 10), 2-9 de marzo: 482-484.
- _____. y M. Morley 1991. "Latin America: Poverty of Democracy and Democracy of Poverty", *EPW*, XXVI (30): PE103-PE111.
- POLIER, N. y W. Roseberry. 1989. "Tristes Tropes: Post-Modern Anthropologists Encounter the Other and Discover Themselves", *Economy and Society*, 18 (2): 245-264.
- RABINOW, P. 1986. "Representations are Social Facts: Modernity and Post-Modernity in Anthropology", en P. Clifford y G.E. Marcus (eds.), *Writing Culture*. Berkeley: Univ. of California Press: 234-261.
- REBEL, H. 1989. "Cultural Hegemony and Class Experience: A Critical Reading of Recent Ethnological-Historical Approaches (Parte I)", *American Ethnologist*, 16 (1): 117-136.
- SAID, E. W. 1988. "Identity, Negation and Violence", *New Left Review*, 171: 46-60.
- _____. 1991. "Thoughts on a War. Ignorant Armies Clash by Night", *The Nation*, 252 (5), En. 11: 145, 160-163.
- SATHYAMURTHY, T. 1991. "Gulf War and Anti-imperialism in West Asia", *EPW*, XXVI (20), 18 de mayo: 1267-1270.
- SCOTT, J. 1986. "Political Analysis and the Hidden Transcripts of Subordinate Groups" (mimeo, Dept. de Antropología, RSSR, ANU, Canberra).

- SELBOURNE, D. 1979. "State and Ideology in India", *Monthly Review*, 31 (7): 25-37.
- TANDON, Y. 1991. "Political Economy of Struggles for Democracy and Human Rights in Africa", *EPW*, XXVI (25): 1554-1561.
- THOMPSON, E.P. 1968. *The Making of the English Working Class*. Middlesex: Penguin.
- _____. 1978. "Eighteenth-century English Society: Class Struggle without Class?", *Social History*, 3 (3): 133-165.
- VANCOUVER. 1990. Congreso sobre Política, Economía y Medio Ambiente. Vancouver: Simon Frazer University (noviembre).